

Jorge Juan FERNÁNDEZ SANGRADOR, *Los orígenes de la comunidad cristiana de Alejandría*, Departamento de Ediciones y Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca (col. «Plenitudo Temporis», 1), Salamanca 1994, 233 pp., 17 x 24.

Con este volumen inicia su andadura *Plenitudo temporis*, una nueva colección de estudios sobre los orígenes y la antigüedad cristiana, dirigida por el Prof. R. Trevijano y publicada por el Departamento de Publicaciones de la Universidad Pontificia de Salamanca. La primera obra de la colección está dedicada a los orígenes cristianos de Alejandría, capital cultural del mediterráneo durante los primeros años de expansión del cristianismo.

La historia de la primitiva Iglesia ha rodeado de misterio los comienzos del cristianismo en Egipto. Siempre ha llamado la atención el silencio que envuelve la actividad cristiana en Alejandría hasta finales del siglo II (en especial si se compara con las otras dos grandes ciudades mediterráneas, Roma y Antioquía), o más precisamente, hasta que en el siglo III se consolidan las escuelas cristianas donde enseñaron maestros como Clemente y Orígenes. Esta sorprendente falta de datos ha supuesto un reto a los historiadores de la antigüedad cristiana y ha sido la causa de la aparición de numerosas hipótesis y teorías sobre la primera evangelización de la ciudad. La presente obra se incluye en esta línea. Sin complejos, el A. señala que en este estudio «se propone ordenar aquellos documentos antiguos o monografías y artículos recientes en los que se recojan datos u ofrezcan propuestas relativas al origen del cristianismo en Alejandría, para, en la medida de lo posible, conocer y describir la primera acción evangelizadora llevada a cabo en la ciudad, así como su posterior desarrollo» (p. 25).

El libro mantiene en todo momento una estructura clara, característica de una tesis doctoral. Si bien su carácter de tesis no se indica expresamente en la obra, queda reflejada en el estilo y exposición. Tiene, pues, las limitaciones anejas a este género, si bien compensadas por la mayor claridad expositiva. Se divide en dos partes.

En la primera, titulada *Fuentes literarias, testimonios antiguos y comentarios recientes relativos al origen y desarrollo de la comunidad cristiana de Alejandría* (pp. 31-107), se recopilan aportaciones de documentos de desigual valor e importancia: desde fuentes y testimonios antiguos hasta las va-

loraciones de investigadores modernos. En el cap. I se recogen las fuentes testimoniales directas sobre los orígenes cristianos en Alejandría; se estudian las referencias a Alejandría en los Hechos de los Apóstoles y apócrifos, en los documentos imperiales y en la literatura cristiana anterior al siglo II. Estas fuentes permiten al A. poner de manifiesto la relación estrecha que en el siglo I existía entre los judíos de varias regiones de la cuenca mediterránea, y la convivencia en Alejandría, en el siglo II, de cristianos, judíos y adoradores de Serapis. A continuación (cap. II) el A. recoge los testimonios de las Homilías Pseudoclementinas y de Eusebio de Cesarea, que sin considerarlas «fuentes» por el carácter impreciso de las afirmaciones, merecen para Fernández Sangrador un lugar importante dentro de lo que considera historia de la investigación. Sigue un capítulo dedicado a los diversos testimonios eclesiásticos y otros documentos procedentes de la iglesia copta (cap. III). Aunque en su mayor parte dependen de las noticias de Eusebio, el A. considera que algunos de ellos (*Acta del martirio de san Pedro de Alejandría*, *Chronicon Paschale*, los *Anales* de Eutiquio, el *Martirio de San Marcos*, apóstol y evangelista, la *Historia de los patriarcas de la iglesia copta de Alejandría* y el *Synaxario alejandrino*), al margen de las tradiciones legendarias, ofrecen indicaciones toponímicas locales de interés arqueológico. En ellas se destaca la relación entre Cirene y Egipto como regiones simultáneamente evangelizadas, y la mención de dos lugares en Alejandría donde ha pervivido el recuerdo de los orígenes cristianos: Boukolou y Angelos. Estos tres capítulos forman en cierto sentido una unidad propia y resultan muy útiles como recopilación ordenada y crítica de lo que las fuentes y testimonios antiguos dicen de los orígenes de la iglesia alejandrina. Hubiera sido deseable que el A. incluyera, aunque sea a pie de página, el texto original de aquellos pasajes más importantes de las fuentes que glosa o resume.

Los cap. IV y V ofrecen un resumen de la historia de la investigación sobre el origen de la iglesia de Alejandría y los nuevos planteamientos y resultados de la investigación reciente sobre este tema. El A. señala que, a partir de las críticas de la credibilidad de las fuentes que J. M. Neale realizó en 1847 en su obra sobre los orígenes de las iglesias orientales, ha predominado un tipo de investigación fundamentada en los estudios de Harnack sobre la división del evangelio alejandrino en judeocristiano y gentil-egipcio (representado por el *Evangelio de los hebreos* y el *Evangelio de los egipcios* respectivamente). Esta corriente de investigación culmina en la tesis de Bauer sobre el cristianismo heterodoxo (gnóstico) de Egipto durante los primeros años de evangelización, hasta que una facción ortodoxa logra imponerse e integrar la iglesia de Alejandría en la comunión con Ro-

ma. Esta tesis de un modo u otro todavía pesa en la mayor parte de los estudios en esta materia y es la que ha alcanzado mayor difusión. El A. se distancia de esa postura que ve permeada de prejuicios ideológicos y sentimientos antirromanos expresados en la oposición de categorías dialécticas entre un cristianismo primitivo ortodoxo y otro heterodoxo, o comunidades fragmentadas y más tarde unificadas por el influjo de Roma. Razonablemente, a mi entender, las considera como hipótesis aún por probar. Dentro de los nuevos planteamientos, Fernández Sangrador recoge y valora las críticas de Roberts a Bauer, y las aportaciones de Barnard, Pericoli-Ridolfini, Lee, Trevijano, Klijn, y Pearson. Con el último está de acuerdo en considerar a Bernabé como parte del primer grupo misionero cristiano de Alejandría, y sobre todo en ubicar la actividad cristiana primitiva en la parte noroccidental de la ciudad, donde se hallaba el barrio Delta judío, en las inmediaciones del puerto Eunostos.

La segunda parte del libro, *Reconstrucción del origen de la comunidad cristiana de Alejandría a partir de los datos topográficos, geográficos y literarios* (pp. 109-189), se inspira en los resultados que, para el conocimiento del cristianismo de los orígenes, se han obtenido en otras regiones del mundo mediterráneo de la correlación de los datos que se poseen por medio de la arqueología, la toponimia y las tradiciones locales. En este sentido en el cap. VI el A. estudia la topografía cristiana alejandrina y, a partir de los testimonios sobre los términos Boukolou, Angelos, y el Serapeum, con los que la primera predicación cristiana se relaciona en algunas tradiciones, concluye, quizá con demasiada contundencia, que el cristianismo alejandrino se asentó por primera vez en la parte occidental de la ciudad, en el área comprendida entre la zona portuaria noroccidental y el Serapeum; allí se conservaba el recuerdo de la primera misión y de la muerte del primer o primeros mártires. La argumentación, que en su conjunto resulta plausible, se hubiera enriquecido con mapas o esquemas topográficos de Alejandría, y con los textos originales más importantes en los que el A. fundamenta su exposición. El cap. VII se dedica a las relaciones entre Alejandría y Cirene. Fernández Sangrador mantiene que se dieron entre ellas estrechos vínculos sociales y políticos, y, siguiendo fundamentalmente a Sh. Applebaum, defiende una cierta relación de dependencia entre el judaísmo alejandrino y el cireneo (al que se sumaba el de Chipre). Estas relaciones, piensa el A., (manifestadas entre otras cosas en que los emigrantes cireneos y alejandrinos oraran en la misma sinagoga de Jerusalén) confirman un núcleo histórico en las diversas tradiciones escritas y jurídicas sobre los orígenes del cristianismo de Alejandría y su relación con la comunidad Cirenaica.

Los dos capítulos siguientes están dedicados a las obras literarias cristianas que se relacionan con Alejandría. En especial se discute la *Epístola a Bernabé* (cap. VIII), que el A. defiende como de origen alejandrino, sin que esto le lleve necesariamente a negar en ella notas o rasgos teológicos y eclesiológicos comunes a otros escritos cristianos y en particular a escritos procedentes de Siria. En el cap. IX el A. elige y estudia «otros escritos que podrían haber tenido su origen en Alejandría» (p. 157). Puesto que no existen escritos que aludan a su condición alejandrina y las conclusiones de la crítica interna son muy dispares al evaluar una obra u otra, el A. señala como elemento distintivo, para determinar su condición alejandrina o su relación con el mundo egipcio, el que sean citados solamente por autores de Alejandría, y en especial por Clemente. Estos son el *Evangelio de Matías* y el *Evangelio de los egipcios*. Pero «como parece que existen otros escritos que encajan perfectamente en el mundo de las ideas y de las corrientes ideológicas y teológicas de Alejandría, y cuyo contenido es similar al de los evangelios de Matías y de los Egipcios, ha sido preciso examinarlos» (p. 165). En especial considera que las *Sentencias de Sexto* y el *Testimonio de la Verdad* son obras importantes en el marco alejandrino que describirían, tenue pero exactamente, el talante o las inquietudes de los cristianos alejandrinos del siglo II. Muestran una preocupación por la gnosis, un influjo del platonismo y una filosofía muy marcada por la ética. Fernández Sangrador mantiene, quizá de nuevo de una manera un tanto rígida, que «para los cristianos alejandrinos, la *vida filosófica* es una *vida ética*. Filosofar no es sólo discurrir con el intelecto, sino *vivir filosóficamente*» (p. 166). Esto se manifiesta precisamente por la permanente tendencia al encratismo.

El último capítulo (cap. X) resume y concluye lo discutido hasta el momento. Se detiene en determinar quiénes eran los primeros cristianos y cómo se constituía la primera comunidad cristiana alejandrina, de carácter plural y de corte sapiencial. Hay que resaltar positivamente el criterio que sigue el A. Ante la escasa evidencia, y aparentemente tan diversa, Fernández Sangrador se propone conciliar los pocos datos existentes y construir una hipótesis, en vez de renunciar a un más seguro, pero también más cómodo, escepticismo. Y ya que no hay acuerdo en las fuentes sobre qué apóstol o discípulo fue el evangelizador de Alejandría, si Bernabé, Marcos o incluso Lucas (que también aparece mencionado en textos antiguos), el A. prefiere optar por la opinión de que Alejandría fue evangelizada por misioneros cristianos de corriente helenista. Expurgando las fuentes del contenido legendario, Fernández Sangrador ve que la relaciones entre Alejandría con Cirenaica, Palestina, Chipre y Antioquía permiten establecer el marco general helenista en el que nació y se desarrolló el primitivo cris-

tianismo alejandrino. Éste debió de tener en cuenta otras formas religiosas presentes en la ciudad, especialmente las prácticas religiosas en torno al Serapeum, que influyeron de algún modo en esa iglesia y que justifica el hecho de que la crítica moderna la haya considerado herética. «Pero, por otra parte, también por influjo de las corrientes filosóficas vigentes en ese tiempo en la capital cultural del Mediterráneo, el cristianismo de Alejandría nació con una verdadera preocupación por llevar a cabo, en un proyecto vital, los principios teóricos que se enseñaban en las escuelas alejandrinas, configurando, así, lo que hemos llamado un *cristianismo sapiencial*» (p. 181).

Probablemente esta conclusión pueda parecer a más de uno demasiado atrevida, si se considera la poca evidencia que disponemos. Pero, como si el A. fuera consciente de ello, ofrece en el epílogo de su obra (pp. 183-189) una justificación de lo que del desarrollo de la exposición hubiera podido dar la impresión de una investigación un tanto deshilvanada, quizá por la misma extensión de la materia. Fernández Sangrador precisa que ante la dificultad que entraña el conocimiento de los orígenes cristianos de Alejandría, dificultad derivada de las fuentes literarias, ha decidido en primer lugar establecer un principio de distinción entre las diversas tradiciones (popular, eclesiástica, histórica y apostólica), para, a partir de este principio, poder valorar las indicaciones topográficas que en ellas se encuentran, y poder apelar a lo que él llama «sentido histórico» del contenido de algunos escritos de la iglesia egipcia: la unidad que adquiere la concatenación de la información que proporcionan. Igualmente aboga por una nueva revisión de estos textos, con el fin de precisar cuáles son los niveles redaccionales más antiguos y su valor histórico. Y frente al problema del supuesto gnosticismo herético del cristianismo alejandrino, Fernández Sangrador prefiere mantener la postura de un primitivo cristianismo preocupado por cuestiones de carácter filosófico y ascético, no herético, pero sí plural.

Aunque en cuestiones de detalle la obra podría recoger algunas referencias bibliográficas más recientes, a mi entender el resultado final es positivo por muchos motivos. No sólo por el esfuerzo que supone adentrarse en los orígenes del cristianismo primitivo, sino también por la posición independiente que el A. toma frente a posturas mayoritarias, cuya principal debilidad radica en partir de principios a menudo preconcebidos e hipotéticos, carentes de suficiente apoyatura evidencial. Es cierto que también el A. toma en ocasiones posiciones basadas en testimonios poco sólidos, pero tratándose de este tema no puede ser de otro modo, y al menos, en términos generales, el A. es consciente de ello. Aunque a veces, llevado por un

cierto entusiasmo, se muestre un tanto inflexible en sus afirmaciones, mantiene una postura general moderada. Quizá su principal aportación se centre en el interés por los datos topográficos extraídos de las diversas tradiciones. En este sentido, y si atendemos a las referencias topográficas (cfr. pp. 121-122), me parece que hubiera sido interesante poner una mayor atención en la posible relación entre el destino que sufrió la comunidad judía de Alejandría, en medio de la que presumiblemente comenzó a difundirse el evangelio, y la comunidad cristiana.

Los vínculos entre las comunidades judía y cristiana, para explicar el silencio de los primeros años de cristianismo alejandrino, fueron ya puestos de relieve por Roberts (C. H. Roberts, *Manuscript, Society and Belief in Early Christian Egypt*, London 1979), que ha sido quizá quien, a partir de los datos proporcionados por los papiros, con mayor rigor ha criticado la «tradicional» tesis de Bauer sobre el origen heterodoxo del cristianismo egipcio. Con independencia de sus juicios sobre el valor de los códices y los orígenes del cristianismo alejandrino, me parece que puede destacarse su opinión de que la oscuridad de los orígenes del cristianismo egipcio es una consecuencia de las revueltas judías del siglo I y principios del II, que trajeron drásticas implicaciones, no sólo para los judíos sino también para los cristianos, ya que probablemente no fueran muy distintos los unos de los otros a los ojos de las autoridades romanas. Esa oscuridad, por tanto, no tiene por qué responder a un embarazoso silencio de la Gran Iglesia causado por los orígenes heterodoxos del cristianismo en esta parte del Mediterráneo. Más bien Roberts piensa que, a grandes rasgos, en Alejandría sucedió lo que en otras partes del Imperio. De lo que pudo ser la lista de los libros que se leían en la iglesia provincial de Egipto en el siglo II (donde se observa un énfasis en el AT, una ausencia de textos docetas y escasez de textos específicamente gnósticos), y la teología implícita de los *nomina sacra*, se puede decir que las características de esta iglesia son muy similares a las que conocemos de otras iglesias primitivas en otras partes del Imperio. Puede que la iglesia alejandrina fuera un tanto indiscriminada en lo que se refiriese a prácticas y creencias judías o gnósticas y no estuviese muy bien organizada, pero es probable, y en este sentido Fernández Sangrador coincide con Roberts, que fuera una iglesia donde existía la diversidad dentro de un grado de unidad, y que creciera de modo saludable (sin que se le pueda calificar de ortodoxa o heterodoxa), conforme a lo que era el desarrollo «normal» de ese tiempo, donde, desde un punto de vista «ortodoxo», puede decirse que crecía el buen trigo junto con la cizaña.

J. CHAPA